

mas de prisa que podia, hasta hallar otra esquina que le protejera el cuerpo.

Por regla jeneral, los movimientos populares son como los torrentes: mientras corren, todo lo arrollan; en parándose, hasta balsas se hacen con sus aguas.

Así la maniobra de Sámano produjo, no solo todo el efecto que al concebirla y disponerla se propuso, sino mas acaso; porque habiendo opuesto algunos bravos una obstinada resistencia, y abandonándolos los indios, fueron aquellos á cuchillo pasados por los de la audiencia, aterrando tan ejemplar sumario castigo á la universalidad de los amotinados. Durante la refriega, cuatro jinetes arriesgados, corriendo á rienda suelta y sobre sus caballos tendidos, salieron de la plaza en diferentes direcciones, pero todos ellos en busca de D. Luis de Velasco, quien como sabemos, tenia su cuartel jeneral situado cerca del camino de México á Chapultepec.

Desesperábase Cristóbal previendo, con sobrado fundamento, que si los de la audiencia seguian á los suyos el alcance, antes de una hora estaria la ciudad solitaria y silenciosa como un vasto cementerio; y así fuera, si Sámano no tocara presto á recojer, contentándose con ocupar su posicion primera, y dejando tranquilamente rehacerse á los amotinados.

—Acabemos de una vez con esa canalla, le decia Villegas, no comprendiendo el misterio de la singular moderacion del alguacil mayor.

—Dejadlos vivir [le contestó Sámano con una sonrisa peculiar al diablo y á él esclusivamente]. Dejadlos vivir, que por nosotros trabajan!

—Que me empalen si entiendo una jota de vuestras filosofías. ¡No es mejor arrojarlos sobre ellos, dispersar á los mas, y prender para ahorcarlos una ó dos docenas....?

—Para eso estaremos siempre á tiempo.

—¡Y por qué dejar para luego lo que puede hacerse ahora? Dadles tiempo y vereis, quizá, como se les unen otros y otros....

—¡Dios lo haga!

—Por el santo de mi nombre, Sámano, que estais loco, ó bien yo....

—A oscuras como de costumbre, Villegas.

—A oscuras ó con luz, soy alcalde, y os requiero en nombre del rey...

—Dejémonos de requerimientos, y sirvámonos á nosotros mismos, sin perjuicio del rey, se entiende.

—Esplicaos de una vez, ó voy á ellos yo.

—Buena sandez haríais.... Arcabuceros: una descarga. Alta la puntería.... Mas alta.... Eso: no hay necesidad de derramar sangre inutilmente. ¡Fuego!

Y en efecto, una descarga completamente inútil, pues que las balas fueron á perderse todas en las azoteas de las casas vecinas, acabó de

llenar de asombro á Villegas, absorto ya viendo tan humano al hombre de mas duras entrañas que conocia.

Sámano, con gran sosiego, reanudó el interrumpido diálogo, diciendo.

—Este *motincito*, Sr. Manuel de Villegas, es un don del cielo, que justifica, en primer lugar, la realidad de la conjuracion; en segundo, lo peligrosos que son los Avilas; y en tercero, la razon con que la real audiencia los ha condenado á muerte y apresurará su ejecucion, si mis consejos sigue, en vez de suspenderla como solicitan las damas que teneis detenidas en el zaguan de las casas del cabildo.... Algunos tiritos de cuando en cuando, muchachos!.... No importa perniquebrar alguno que otro de esos vocingleros.... ¡Bien: así!... Decia, Villegas....

—Estoy: que el motin justifica las medidas de rigor; pero eso ya está conseguido.

—Cierto, está conseguido hasta cierto punto; pero prolongándose nos da cada vez mas razon, y luego ese marques de Falces, que llegará pasado ó el otro, no podrá decir que debimos no defendernos.... Otros tiritos.... ¡Fuego, arcabuceros!... No tan bajo, vive Dios, que de esta han caido media docena de hombres, y se nos van á dispersar como gorriones....

—¡Pero, qué es, en fin, lo que os proponéis?

—Hacer ruido, mucho ruido, tanto ruido que no pueda negarse á oirlo la sordera misma de D. Luis de Velasco, por voluntaria y obstinada que sea.

—¡Ah!

—¡Vais comprendiendo, señor alcalde! Si ahora disipamos, como indudablemente podemos muy fácilmente, á esos miserables, ¡qué tiene que hacer aquí el capitan jeneral! Mas prosiguiendo en el fuego, como se hace, y ellos en sus pedradas.... ¡Bien: ya me descalabraron dos hombres!.... ¡Eso, hijos!.... Prosiguiendo, digo, esta zambra, y con el requerimiento que le he enviado, ó viene ó no viene: en el primer caso se compromete con el pueblo, y en el segundo con la audiencia: haga lo que quiera es hombre perdido, si no se declara nuestro ó de los conjurados.

No osando Villegas replicar palabra al hábil raciocinio del alguacil mayor, fuese á dar cuenta de lo que pasaba a los doctores, cuyas ansias, congojas y sobresaltos durante el combate, no son para descritos, si bien debe hacerseles la justicia de confesar que ni un solo momento tuvieron la idea de revocar ó suspender la sentencia de los Avilas. “Pereceremos, decian, si triunfan los amotinados, pero ni á “D. Alonso ni á su hermano aprovechará la victoria.”—¡Antes que todo la caridad cristiana!

En tanto, el estrépito de la asonada y los ecos de los mosquetazos, penetrando al través de los helados muros de la cárcel, iban á turbar

el recojimiento que los sentenciados todos han menester para prepararse al difícil aunque breve tránsito de esta vida caduca á la perdurable.

—¡Son tiros! ¡La ciudad se levanta! exclamó D. Alonso, levantándose también él del suelo donde de rodillas escuchaba las cristianas amonestaciones de Fr. Diego.

—¡Pensad en Dios, hijo, pensad en Dios, y no en los hombres! (replicó el provincial).

—¡Os digo que es fuego de mosquetería, padre mio! México se alza, en fin, contra los doctores.... ¡Oh, Dios mio! ¡Dios mio! ¡Si Gil se salvara!

—No quiera el cielo que sea verdad lo que presumís: un alzamiento ahora, solo puede conducir á que sea mayor el número de las víctimas.

—¡Quién sabe!... Escuchad: el fuego prosigue.... Sí: mas nutrido que antes....

—¡Tanto amáis la vida, que queréis comprarla á costa de la de infinitos de nuestros prójimos!

—¡Yo amar la vida, Fr. Diego? Tiempo hace que la soporto solo por no perder mi alma.... ¡Pero Gil, Gil que es inocente, puede salvarse!

—La inocencia tiene á Dios por protector, Alonso; venid, prosigamos hablando de la eternidad.

—No se oye nada.... Los habrán dispersado.... ¡Vencido!.... ¡Ah! ¡Por qué se complace el destino en amargar mis últimos momentos en una esperanza tan presto burlada como concebida! ¡Pobre hermano mio!.... ¡Ah, no, no! Otra vez el fuego.... Sí; otra vez.... No se desaniman, á la cuenta.

—Mi libertad por dos horas, una espada, y yo les diría á los doctores si es lo mismo degollar á un preso que rendir á un caballero.... ¡Creeis, Fr. Diego, que Fernando acaudille á los nuestros!

—Creo que el enemigo comun os envia esta tentacion, Alonso, para apartaros del buen camino, cuando cada instante que perdeis en reconciliaros con Dios, puede costaros toda una eternidad de bienaventuranza.

—En este momento os escucho sin comprenderos, Fr. Diego. Id, os ruego, á saber lo que pasa.... No soy dueño de mí mismo.... Id, por el cielo santo.

Bastaba ver á D. Alonso para convencerse de que hablaba sincero: rebelados al rumor del combate todos sus belicosos sentimientos, despierta en su corazon la marchita esperanza, y preocupado siempre por la idea fija de salvar á su hermano, érale imposible pensar en otra cosa. El provincial, pues, salió del calabozo para indagar lo que en la plaza ocurría, mas antes quiso pasar por la capilla de Gil, para llevarse consigo á Fernando de Valdestillas.

Era tarde: envuelto en un anchuroso pardo capuz, porque le prendieron con la ropa que llevó del campo y no se le permitió recibir otra en la cárcel, veíase al preso, al parecer profundamente dormido, sobre una tarima que de lecho le servía. A su lado oraba un religioso, quien dijo al prelado:

—Hace media hora salió de aquí y de la cárcel D. Fernando. Gil Gonzalez estaba durmiendo cuando entré, y durmiendo sigue.

—¡Envidiable paz la de su espíritu! (respondió el provincial). Dejadle que repose, y no os apartéis de su lado hasta mi vuelta!

—¡Qué será de Fernando! (iba diciendo entre sí, al salir de la cárcel). ¡Si en efecto, habrá promovido un alzamiento! No sé por qué siento mi espíritu mas atribulado ahora que nunca.—¡Señor! ¡Señor! ¡Por qué así contristas el ánimo de tu siervo! ¡Qué nuevas y mas que las presentes terribles desdichas amenazan á Tenuchtitlan y á la descendencia del que en gloria de tu religion santa conquistó estas tierras! Aparta, Señor, de nosotros el azote de tu tremendo enojo; apártalo y dignate mirarnos con ojos de misericordia, ó bien danos fuerzas para apurar este amarguísimo cáliz, sin que nuestro espíritu flaquee en su calvario, ni el enemigo se aproveche de nuestras debilidades.

Así el santo religioso, acosado por los mas funestos presentimientos, abandonaba la prision mexicana, mas aún que por satisfacer la ansiedad del infeliz D. Alonso, con la idea de emplear su mediacion para el restablecimiento de la paz pública, que con fundamento de sobra presumia hallarse turbada profundamente en aquellos instantes. Cierta que como sacerdote, como hombre y como amigo, regocijarse el alma de Fr. Diego si por cualquier evento se salvaran los infelices puestos en capilla: mas conocía demasiado á Nueva-España y á sus moradores; así indíjenas como europeos, el conquistador misero, para lisonjearse ni con la mas remota esperanza de que un alzamiento, en aquellas circunstancias, condujese á otros resultados que al de acelerar la catástrofe del sangriento drama con respecto á los Ayilas, y á proporcionar un pretexto plausible á los doctores para ensañarse sin consideracion alguna en las personas de los presos, y en la ciudad misma. Por otra parte, y ya lo dijimos otras muchas veces, el provincial de San Francisco, siendo un religioso que consideraba su mision como esencialmente pacífica, creíase estrechamente obligado en todos tiempos á interponerse entre aquellos que á destruirse se disponian unos á otros; y, con tales opiniones ó mas bien sentimientos, claro está que al salir á la calle no pudo proponerse sino lo que escrito dejamos: minorar en lo posible las consecuencias de la contienda civil, á su entender ya comenzada.

Animado, pues, por el espíritu de la concordia, corrió á interponerse resueltamente, aunque con grave y palmario peligro de su persona, entre los que en torno de la plaza bullian, y los defensores de

aquel recinto, levantando en su mano ante unos y otros una pequeña efígie del Redentor crucificado, y en voz entera intimándoles al propio tiempo que cesaran de hostilizarse.

Por lo que hace á los de la audiencia, contentándose con gritarle que no fuera loco y se quitase de enmedio, si no queria que alguna bala le enviara á predicar á la eternidad, prosiguieron obedeciendo las órdenes del infatigable Sámano, á quien sospechamos que no le pesara de que el fraile pagase con la vida su cristiano heroísmo: pero los indios, ya en realidad mas hartos que satisfechos del peligrosísimo papel que en aquel estrepitoso drama representaban, y á mayor abundamiento avezados á mirar siempre con respeto profundo el hábito de San Francisco, y oír sumisos las palabras del venerable Fr. Diego, su maestro incansable y protector benévolo, comenzaron desde luego á cejar con mas prisa de la que conviniera á dos hombres que hasta entonces los acaudillaron.

Cristóbal era el uno, y el otro cierto desconocido, embozado en una gran capa, bajo la cual llevaba un arcabuz corto y ancho á manera de trabuco, del cual hacía uso de cuando en cuando para disparar con mortífero acierto sobre los defensores de la plaza, acudiendo, no obstante aquel ejercicio, á dirigir á los bravos y á contener á los indios con actividad incansable, y con un calor entusiasta propio solo de persona en aquel lance muy interesada, y quizá mas aún, comprometida.

Nadie pudo verle el rostro, oculto bajo impenetrable antifaz; mas algun curioso advirtió que al disparar su arcabuz solía descubrir, aunque cuidadosamente recojida, una vestidura cenicienta tan parecida al hábito de la Orden Seráfica, que por tal pudiera tomarse sin temor de equivocación grosera.

De consentirlo la ocasion, presto hubiese apurado la serpiente de Tlaxcala aquel misterio: mas era tal la prisa con que las balas llovian y los indios se retiraban, que no ya dos hombres, pero ciento bastaran apenas para el oficio que desempeñaron con éxito milagroso durante algunas horas, Cristóbal y el desconocido, cada cual por su parte.

Con la intervencion de Fr. Diego hubo un momento en que aquellos dos campeones del alzamiento creyéronle disipado; mas ni por eso se dieron por vencidos, sino que, acudiendo al último desesperado recurso que resta á los jefes de una insurreccion cualquiera, cuando todo lo prefieren á caer en manos de sus enemigos, el uno en una calle y el otro en otra, á retaguardia de las masas populares, cada cual con reducidísimo número de hombres resueltos, amenazando pasar á cuchillo al primero que para huir moviese la planta.

Y aquel acto de enerjía contuvo, en efecto, á los fujitivos, que entre el peligro cierto de habérselas con sus desesperados caudillos, y el contingente de proseguir en el asedio de la plaza, optaron por el

último: mas, al marchar á sus anteriores posiciones, la voz del provincial de San Francisco y la imájen del Redentor hicieronles retroceder de nuevo, produciendo entrambas causas un fenómeno análogo en los indios al que se observa en las olas del Atlántico, que con furia se lanzan contra las playas, y con prisa de ellas se retiran, para oscilar sin término dentro de los vastos límites de su insondable lecho.

Tal era la situacion de las cosas cuando un bélico sonar de atambores y clarines, en lontananza primero, y cada vez mas cerca, llegó á poner término á la angustiosa crisis de los espíritus, haciendo esclamar al alguacil mayor, ebrio de júbilo:

—¡En fin, el capitán jeneral ha entrado con sus tropas en México!
—¡A ellos la infantería, á ellos!—¡Arrojémoslos sobre las picas del ejército de Velasco!

Y tirando la espada, lanzóse á la carrera sobre los amotinados, al frente de una falanje de alabarderos que de antemano tenia formada y dispuesta á romper el movimiento á su primera orden.

¿Qué habian de hacer los pobres inermes indios, que ya, como sabemos, deseaban de mucho tiempo atras dejar el combate, viéndose entre dos fuegos?—Dispersarse en confusion horrible, desoyendo las voces de sus desesperados caudillos, atropellando cuanto á su fuga se oponia, y hurtándole las alas al tiempo mismo para huir mas veloces de las despiadadas garras de Juan de Sámano, su azote ordinario y constante.

Un momento hubo en que Cristóbal y el desconocido se hallaron solos, enteramente solos, en medio de la columna que, mandada por el alguacil mayor, habia dispersado á los indios, y de la mucho mas formidable y regular que, á las órdenes de D. Luis de Velasco, distaba apenas de ellos algunas toesas. Ni el indio ni el embozado tenian voluntad de huir, mas tampoco medios para defenderse.

—¡Dejémonos matar! (esclamó Cristóbal envolviéndose en su manto con esa especie de resignacion apática ó heroica que á su raza distingue).

—No (repuso el incógnito), no: vivamos para vengarlos, ya que la suerte no quiere que los salvemos.

Y trabando al indio del brazo, desapareció con él por una calle lateral, sin que los batidores de Sámano pudiesen alcanzarlos, á pesar de la presteza y encono con que á perseguirlos se lanzaron.

A poco, llegando á verse de cerca y frente á frente el capitán jeneral y el alguacil mayor, despues del recíproco cortés saludo, dijo aquel:

—Páreceme que el motin está terminado, Sr. Sámano; y que ni el número de los rebeldes, ni la prisa con que sin combatir os han cedido el campo, inducen á creer que volverán presto á las andadas.

—Vueseñoría piensa en todo con mas discrecion que yo; pero, sin embargo, imagino que no fuera prudente fiarnos á las apariencias....

—Pues si vuelven á levantarse, volved á avisarme, que ni yo ni mis soldados somos corchetes para asistir á justicias; y nos volvemos á donde estábamos.

—No os volvais, señor D. Luis (interrumpió Fr. Diego que á la plática se hallaba presente), sin interceder antes por los infelices que están en capilla.... Su sangre inútilmente derramada....

—Padre provincial (se apresuró á responder Velasco), yo respeto la sentencia de los tribunales, y nada puedo en este caso: rogad á Dios, y creedme, que tenga piedad de las almas de esos desdichados caballeros, pues por lo que á sus vidas toca, aquellos que la disipada sombra de alzamiento promovieron, quizá con la esperanza de salvarlos, paréceme que han precipitado su destruccion.

Con cuyas palabras por término de la conversacion, volvió el caballo, y mandando contramarchar á sus tropas, regresó al punto de donde minutos antes habia salido.

—“Es una culebra (esclamó el alguacil regresando á la plaza): “cuando mas asido imagina uno que le tiene, entonces precisamente “se le escurre de entre los dedos!”



CAPITULO XV

QUE CONTIENE NOTICIAS TAN VARIAS QUE NO CABEN EN LA CIFRA DE UN EPÍGRAFE.

En México no habia puerta, tienda ni ventana que herméticamente no se hubiesen cerrado; nadie, absolutamente nadie transitaba por las calles, custodiadas todas, cuál por mayor, cual por menor número de hombres armados; y el silencio sombrío de la tropa misma era clarísima demostracion del estado de esclavitud y terror á que la ciudad se miraba reducida.

Oculto en los mares de Occidente el astro del dia, nebuloso el celaje, cargada la atmósfera, abrasado el casi imperceptible ambiente, y apenas disipados los acres miasmas de la pólvora, dijérase que la naturaleza se vestia de luto, y que los céfiros aterrados negaban su refrigerante aliento á un pueblo donde iba á consumarse horrible jurídico atentado; porque iba, en efecto, á consumarse el asesinato de los Avilas antes del tiempo que la ley, la costumbre y la sentencia misma señalaban, acelerándose la ejecucion á pretesto del motin ya vencido y para siempre deshecho. Achaque antiguo es en los gobiernos de partido abusar sin misericordia de sus triunfos, y en vez de restañar con mano paternal la sangre que corre de las heridas de pueblo, complácense, por el contrario, en dilatar las llagas y estrujar